

Inédito

## AQUILINO Y CARMEN, LAS DÉCIMAS Y EL ACORDEÓN

**Maximiano Trapero**

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

### I

El acordeón de Aquilino es viejo, marca Hohner, de dos filas de botones; tiene algunas teclas partidas, más bien gastadas del uso, y anda un poco desafinado; el ruido de las teclas forma parte también de su música. Aquilino no es un virtuoso, pero toca como si lo fuera. Cuando está triste, o alegre, que para él es lo mismo, coge el acordeón, se sienta afuera de la puerta, mirando el mar, y canta décimas. Las gallinas, entonces, se callan; siguen picoteando la tierra, pero en silencio; el perro se sienta a su lado y apoya la cabeza en el suelo; y los gatos rodean a Aquilino y lo miran sin moverse. Sus dedos, deformados por los años, o de tanto tocar el acordeón, no pueden ya ir más allá de las cuatro teclas centrales, pero estas sirven para la música de sus décimas. Y su cara, impasible, mira al frente, mejor al vacío, mira sin ver, inmutable. Y canta. Tanto para zaherir a las mujeres como para el nacer del día:

El amor de la mujer  
es igual que la gallina,  
se le muere el primer gallo  
y a cualquier pollo se arrima.  
Sale el sol por las mañanas  
alumbrando las paredes,  
mandando pan a los hombres  
y flores a las mujeres.

Lo que canta ahora no son décimas, es una sucesión de coplas, pero Aquilino lo convierte todo en décimas.

Sus décimas, son distintas a todas. La Palma es una isla muy decimista, tanto que allí no hay otro género popular que le iguale. Pero las décimas se cantan allí al estilo del cubano, acompañadas de guitarra, laúd y claves, y con la música del punto cubano. Aquilino, sin embargo, las canta con acordeón, y con una música distinta, más antigua, más nostálgica, más lamentosa. Y Carmen igual.

Carmen es otro refugio de la décima. También vive sola, en una casa mínima que no tiene vista al mar. De soltera tuvo dos hijas, cada una de las cuales vive ya su vida. La primera hija se la hizo un pretendiente cuando apenas cumplía los 16 años, y la promesa de amor fue tan breve como el placer. Desde entonces Carmen no ha perdonado a aquel hombre su retirada, y ha extendido su desengaño a todos los hombres, a todo el género humano.

### II

La vida en Fuencaliente es una zozobra de tiempos entre volcanes que se reactivan y mueren.

Aquilino y Carmen son lo que queda del naufragio. Los dos últimos especímenes de una vida

pretérita. En realidad, acabó hace ya tiempo aquella vida, pero Aquilino y Carmen siguen agarrados al tronco del naufragio.

Aquilino vive en Las Caletas, Carmen en Las Indias. Las Caletas y Las Indias son dos barrios del municipio de Fuencaliente, de la Isla de La Palma. La tierra allí tiene nombre de volcán. Más que nombre, tiene piedra de volcán. Lo de Fuencaliente es nombre antiguo que correspondió a las aguas termales que allí había hasta el siglo XVII. Pero a la fuente la tapó el volcán. Los otros dos barrios de Fuencaliente son Los Quemados y Los Canarios. La tierra que algún día fue, ha sido cien veces sepultada por otras tantas vomitaduras de fuego y piedra, y lo que allí cubre la tierra ahora es un malpaís negro.

Aquilino tiene 82 años, Carmen tiene 86. Los dos viven solos. Bueno, Aquilino vive con un perro, once gatos y veintiocho gallinas. Pero Aquilino tiene familia, en Venezuela. Allá se fue él por los años 50 y allá vivió 20 años, haciendo de todo. Al poco de llegar mandó a llamar a sus dos hijos mayores, y después, cuando éstos se asentaron, mandó a llamar a su mujer y al hijo menor. Y cuando los tuvo juntos, lo abandonó todo y se volvió a su horizonte, a su casa de Las Caletas.

Desde entonces la familia de Aquilino se reduce a un perro, a once gatos y a unas cuantas gallinas. Su familia y su vida. El número de gatos y de gallinas varía cada poco, lo que la naturaleza quiere hacer, pero el perro ha sido siempre el mismo. Viven todos en dos habitaciones: una sirve para dormir y la otra para comer, pero podría ser al revés; en realidad se pasa de una a otra sin puerta ni cortina; y todos se respetan y andan por donde quieren. Cuando Aquilino se levanta de la cama son los gatos los que la ocupan, y cuando toca la hora de comer cada uno ocupa el lugar que quiere; bueno, allí no hay hora; las gallinas comen a todas las horas, y los gatos y el perro cuando tienen hambre y hay algo por el suelo o por la mesa. Aquilino come poco, cualquier cosa. Y ya está.

—Veces cocino algún huevo, y están sabrosos, pero son chiquitos. Las gallinas grandes ponen huevos grandes, pero yo gallinas grandes no tengo. Estas son kákaras que ponen huevos chiquitos. Pero yo los dejo para que críen, los pollitos. Y ya está.

Aquilino y Carmen no se conocen, o quizá sí sepan el uno del otro, pero viven alejados, en dos barrios separados, en una tierra de malpaíses. Les une un mismo instrumento, un acordeón, y un mismo sentimiento, la melancolía. Y con esos dos componentes, Carmen y Aquilino hacen lo mismo, cantan décimas. El acordeón lo aprendieron a tocar de pequeños, y a cantar décimas ni se acuerdan cuándo, tal vez de muchachos, como se aprende a hablar o a caminar; en La Palma cantar décimas es producto natural, lo da la tierra. Lo único que aprendieron después, con la vida, fue la melancolía.

Las décimas que cantan Aquilino y Carmen son siempre las mismas, o quizá no lo sean, pero suenan como si fueran las mismas, dejan en el alma una profunda melancolía; son lentas, sin ritmo, de tono alto y mantenido; más que lamento son tristeza y conformidad:

Vive el hombre en amargura  
por no gastar una perra,  
y luego va a comer tierra  
a la triste sepultura.  
Cree que la vida dura,  
pero este mundo es ingrato,  
la vida no es más que un rato  
que en un soplo se termina,  
y se queda la gallina  
colgada del garabato.

### III

El tiempo no pasa en la casa de Aquilino. Lo único que marca un tiempo en la casa de Aquilino es el canto de los gallos y un suceder ya sin cuenta de días y de noches. El tiempo es, pero no pasa en el finisterre de Aquilino. Su casa, como todas casas de Las Caletas, está colgada de una ladera precipitada, y mira al mar. Los vecinos han buscado cada uno su acomodo como han podido en los pliegues de la ladera, y las casas del barrio se escalonan aquí y allá, unidas por veredas escabrosas y ocultas. Todas parecen estar a punto de romper su débil equilibrio y caer rodando al mar. Pero todas miran al mar. Y el mar, que es todo el horizonte, es desde allí silencio y distancia.

Hace frío y llueve. La puerta esta abierta, como siempre lo está, pero sólo algunas gallinas están afuera.

—¡Aquilino! ¡Aquilino!

El perro sale sin ladrar, grande, negro como el malpaís.

—Hola, amigo, quieto, quieto, hola, qué tal, quieto, quieto. ¡Aquilino! ¡Aquilino!

—¿Quién es?

Aquilino está acostado, dejando pasar el tiempo. Sale malvestido, carraspeando, con barba abandonada, con una boina negra que le llega a las orejas y un jersey gris anudado sobre los hombros. Es menudo y enjuto, viejo también, pero no decrepito. Aparenta una edad indefinida, estancada en el no tiempo.

—¿Cómo está, Aquilino?

—¡Bah!, bien. Me sale un poco de sangre por la boca.

—¿Desde hace mucho?

—Sí, va ya hace tiempo.

—¿Y sólo por las mañanas?

—Y algunas veces también por las noches.

—¿Y no va al médico?

—¡Bah, pa qué!

Hablar con Aquilino es conformarse con la vida. Las cosas son así. En la casa tiene luz, pero no tiene televisión. —¡Pa qué!— Pero radio sí.

—¿Quiere verla? Yo no la uso, ¡pa qué!

Y canta:

El gallo que fino canta  
que venga a cantar aquí,  
mas será después de mí  
o a lo contrario no canta.  
Porque tengo una garganta  
que derriba al mundo entero  
y como vate guerrero  
lo digo y no me desmayo;  
y no quiero que otro gallo  
cante aquí en mi gallinero.

—Yo siempre las canto así; así las aprendí de muchacho.

Y los gallos de Aquilino, que parecen conocer la décima, quieren afirmar su territorio, y cantan también. En medio de la habitación hay una gallina calentando los cuatro pollitos que acaban de nacer.

—Déjala, a ella le gusta estar ahí. Y ya está.

#### IV

La puerta de la casa de Carmen da a un corredor de escalones por donde suben a sus anchas los vientos y el frío. Y el día hoy en Fuencaliente no hace honor a su nombre. Hoy tiene agua, pero fría. Por eso Carmen está resguardada, tras la puerta, entreteniéndose una tarde sin horas y sin luz en un cosido casero.

A Carmen le gusta compartir su vida. La empezó a compartir pronto, muy pronto.

—El novio que yo tuve me engañó y me hizo la hija más vieja que tengo. A los 16 años. Fuimos enamorados desde los 12, pero se marchó con otra.

Desde entonces Carmen vive penando su abandono. Una pena infinita anida en su corazón. Y canta:

Yo no canto para nadie  
ni nadie me ponga asunto,  
yo canto por un difunto  
que anda penando en el aire.  
Yo canto por un desaire  
que me dejó un mal querer;  
empezaba a ser mujer  
y luego se arrepintió.  
Las penas que me dejó  
¡qué malas son de tener!

El acordeón de Carmen es más nuevo que el de Aquilino, también marca Hohner, pero de una sola fila de botones; se lo trajeron de Tenerife, hará unos ocho años. Pero Carmen lo toca desde niña. Y las notas cien veces repetida, mil, del acordeón ahogan su ya débil voz.

—Yo ya no puedo cantar, me faltan tres dientes, ¿ve? Me empecé a quitarlos todos pa ponérmela postiza, pero ya no puede ser porque tengo la encía muy corta.

Pero la música del acordeón de Carmen suena con frecuencia en la casa, aun cuando esté sola, alimentando penas y penas de abandono. El otro día de Carnaval sus hijas se fueron a la Villa, y muchos vecinos, pero Carmen tuvo su carnaval. Salió fuera de la casa, se sentó al borde del camino que es carretera, y pasó la tarde entera cantando sus décimas a la tarde. Cien décimas, pero todas con el mismo tono. Y todas con la misma melodía, triste, lenta, abandonada.

Todo el hombre alabancioso  
amigo de disponer  
al amor de una mujer  
no puede tener reposo.  
Sea casado, sea mozo,  
lo mismo le sucediera,  
y si a mi casa viniera  
y me llegara a enamorar  
antes de empezarme a hablar  
le mando a amolar tijera.

La vida de Carmen es más humana que la de Aquilino, pero igualmente larga: se estira cada día en una sucesión de horas que ya nadie cuenta, inservibles, y en un suceder de días sin calendario que a

nadie interesan.

—¿Usted sabe cómo noto yo la vejez? Que se me olvidan las cosas. Ya no me acuerdo lo que hice ayer. Le quiero decir algo, pero no me acuerdo. Lo que no se me olvidan son las décimas.

Carmen sabe y canta todas las décimas. En su repertorio las hay de todos los temas, nuevas y viejas, pero todas ajenas, acumuladas en su memoria desde niña. Pero las que más le gustan son las tristes, esas las hace suyas.

—Me gustan más. Parece que me acompañan más. Cuando estoy triste canto décimas tristes, y cuando estoy alegre canto décimas alegres, pero esas pocas veces.

Pobre soy, pobre nací,  
infeliz suerte enemiga  
.....

## V

El mal tiempo no dura mucho en Fuencaliente. Y la tarde, ya avanzada, ha despejado la niebla y la lluvia. El sol, por su parte, ha despedido el frío y está a punto de ponerse. Vale la pena asomarse al mirador que es cualquier rincón de Las Indias para ver la puesta del sol. Tienen fama sus crepúsculos. Hasta han pasado a la literatura. El de hoy, entreverado de nubes, se muestra fantasmagórico y, como todo crepúsculo, melancólico. Y hace negra, más negra, la tierra de malpaíses en que viven Carmen y Aquilino.